

El canto vallisto con caja

El canto con caja impone una experiencia profunda: entrar a dimensiones primeras y últimas de la voz, y a fuerzas cantoras que se desatan en tropel. Entrar al bosque del canto vallisto es enfrentarse con fuerzas desconocidas, en un rito de ancestros planetarios que se levantan y cantan a pleno misterio.

“Libre y dueño”, este canto ignora el esteticismo de la ciudad y sus tersas impostaciones. Llega de lo remoto con un arsenal de explosiones, quejidos, derrumbes, súbitas escaladas y gritos, al servicio de la penuria y la plenitud. Su asombroso despliegue va desde la inocencia del balido al parto del estertor, porque nuestro indio y nuestro mestizo son sabios en clavar la puñalada de este canto. De ellos aprendemos lo inaudito en expresión. Los laceramientos de la baguala, los sufridos repechos de la vidala, así como los tambaleos de la tonada, gajo al viento y tumbo arriba.

La notación musical no alcanza a registrar los pozos y cielos de este canto. Por eso es fundamental escucharlo en vivo y en su guarida, o tenerlo muy cerca en discos y videos.

Nuestros chicos y adolescentes están desamparados de repertorios que respondan a un paisaje humano y a las magias de la tierra. Ellos necesitan raíces, ramas y follaje de donde prenderse a un suelo; cantos poderosos que los hagan delirar y fundirse con otros, amucharse en algo milagroso y universal.

Necesitamos el manantial como la vida que brota de su origen, y el ser que está creciendo lo requiere más que nadie, porque sin que él lo sepa suplica raíces y cimientos. Para esas criaturas y jóvenes de nuestra argentina van estas vertientes. Canciones indestructibles que cantadas en multitud pueden hacernos sentir pueblo, almadumbre subiendo al paraíso del canto.

Aspectos históricos y técnicos

De las culturas kolla, calchaquí y diaguita al N.O. argentino vienen, estas tonadas, bagualas y vidalas. Nacieron en valles, montes, salitrales y campos de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja y Santiago del Estero. En estos parajes la Argentina perpetúa un yacimiento de reliquias vivas que son orgullo del país. Pasaron y siguen pasando por el alma de nuestros cantores silvestres, desde hace siglos y desde ayer. Con su garganta y su caja las siguen enarbolando, desenterrando y clamando para mostrarnos su hechizo. Gracias a sus voces de viento y lágrima hoy podemos sumergirnos en uno de los misterios americanos: el canto vallisto.

En el lejano entonces de los siglos se cantaban en lenguas indígenas. Hoy se las escucha en la copla que trajo España. Sólo Santiago del Estero mantiene el quichua para muchas de sus vidalas.

La copla que nos trajo el español no era de pueblo sino de estirpe literaria. Se folklorizó en toda América haciéndose lujo y necesidad. Esta joya de la poesía se adentró en nuestra gente de campo, en nuestros cantores, y no sólo se alimentaron de ella sino que la tomaron como matriz para sus propias creaciones. Por

eso en los cancioneros del continente abundan al lado de las coplas españolas, las criollas y las mestizas.

Los “solistos”, los dúos y las comparsas mantienen vivos estos temas andinos en los carnavales. La maestría del “solisto” y del dúo son culminaciones de este modo de cantar. Los grupos de las comunidades andinas practican el gozo de ser comparsa con la embriaguez musical que produce el unísono de muchos, la voz a grito pelado, la percusión y ejemplares melodías que desafían el paso de los siglos. Así, en comparsa, no sólo canta el privilegiado cantor legendario sino el pueblo todo.

La baguala vive en su trifenía y la tonada en su oscilación de dos, tres, cuatro y cinco notas como si buscara la plenitud de la pentafonía. Sólo registra vida armónica la vidala que cuando aparece en dúo muestra modulaciones de gran sugestión. En terceras paralelas nos va llevando a sorprendivos y originales saltos donde se oye su frecuente bimodalidad.

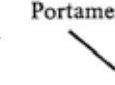

Según nuestros musicólogos Carlos Vega e Isabel Aretz, la vidala pertenece a un mundo más complejo. Por ser cuantiosas y tan variadas, están regidas por diversos sistemas musicales no del todo estudiados.

Los sistemas andinos de la tonada y la baguala no usan el semitono. En cambio, la vidala se estructura en la escala diatónica, aunque también se han encontrado algunas pentatónicas, para sorpresa de los musicólogos. Ya Vega supo decirnos que la vidala escondía su origen.

En este repertorio he ordenado melodías apropiadas para calmar todas las ansiedades de canto en quien busque aprenderlas. Las de comparsa, para el que sólo se anima a cantar entre otros, anónima y fundidamente, escondido entre todos, pero sumado a la emoción del alma colectiva. Para el que se atreve a campear más lejos, solitario o a dúo en la infinita vidala, están las melodías que nos harán escuchar recónditas sustancias del misticismo andino.

Ordenándolas según como aparecen las voces aquí se incluyen bagualas de “solisto” y bagualas de “solisto” y comparsa. Vidalas de dúo y de comparsa en grandes grupos. Tonadas de “solisto” y tonadas de comparsa y “solisto”. A veces la comparsa sólo repite los estribillos, sea baguala, tonada o vidala. Los estribillos aparecen frecuentemente en todas estas melodías y cortan la copla (cuarteta octosilábica) en dos o cuatro partes. El andamio rítmico de estas canciones lo da la copla. En cuanto a la duración de bagualas, tonadas y vidalas, depende de la memoria del coplerío que tenga el cantor. En los cerros y campos pueden durar más de una hora. El rescoldo del canto los va imantando, frase por frase.

Este repertorio fue tomado en diversas etapas desde el año 1944. Las últimas cosechas fueron en 1980, 1981 y 1983.

Nomenclatura		
Portamento	Falsete	Pausas libres
		,
Ligadura silábica	Apoyatura	
